

ARTÍCULOS RESEÑA

LA ESPAÑA TRANSTERRADA DE RAFAEL ALBERTI¹

MANUEL J. RAMOS ORTEGA
Universidad de Cádiz

La nostalgia se reviste en el poeta gaditano de muy diversos ropajes, uno de ellos, quizá el más frecuente y caudaloso en su dilatada obra literaria, es la prosa memorialística.

Estas «imágenes», que ahora se reeditan en la editorial barcelonesa, aparecieron por primera vez reunidas en libro, en el ya muy lejano año de 1945, en la editorial Losada de Buenos Aires, aunque ya unos años antes el poeta exiliado había ido adelantando algunos de estos retratos en el semanario bonaerense *España Republicana*, bajo el marbete genérico de «Cómo conocí a...». Es pues un libro cargado de nostalgia («se canta lo que se pierde...») por la patria lejana, forzosamente abandonada en febrero de 1940 cuando llega, con María Teresa León y un numeroso grupo de exiliados españoles, a la bahía del Río de la Plata abordo del «Mendoza», desde el lejano puerto francés de Le Havre.

Decía Vicente Gaos que a los españoles exiliados, repartidos por Hispanoamérica en la diáspora de 1939, en vez de desterrados se les debía considerar «transterrados», porque se llevaron consigo algo más que un idioma común con la otra orilla. León Felipe, otro poeta español exiliado en México, afirmaba que ellos se llevaron la «canción», aunque dejaran el salmo, y el poeta y editor José Bergamín hablaba de la «España peregrina» para referirse a todo ese numerosísimo grupo de españoles que se vieron obligados a abandonar sus casas con el desastre enorme del final de la contienda civil española.

¹ Rafael Alberti, *Imagen primera de...* Seix Barral, Barcelona, 1999, 189 pp.

No se puede pues entender este reeditado libro de Rafael Alberti si no es teniendo en cuenta este decorado histórico: el exilio, la contienda, la imagen de España y de unos españoles desde el destierro... Por eso, uno de los pasajes más estremecedores de este inusual libro de memorias es el dedicado a los postreros días de D. Antonio Machado en el sitiado Madrid de la guerra, cuando visita, la última noche antes de su partida, la sede madrileña del Quinto Regimiento:

Y llegó la noche del adiós, la última noche de Machado en Madrid, ¡Noche inolvidable en aquella casa de soldados! Se encontraba allí lo más alto de las ciencias, las letras y las artes españolas —investigadores, profesores, arquitectos, pintores, médicos...— al lado de los jóvenes comandantes del pueblo Modesto y Lister, ambos aún con aquel traje entre civil y militar de los primeros días. Con una sencillísima cena, aquellos héroes, a quienes su vida y condición no habían permitido seguramente poner la planta en un museo, ver un laboratorio, cruzar siquiera un patio de instituto, despedían a los hombres que tal vez iban mañana a enseñar a sus hijos lo que ellos nunca pudieron aprender. Afuera, el corazón de España latía a oscuras, con su alto cielo de otoño interrumpido ya de resplandores de los primeros cañonazos[...] Y mientras[...] un hombre extraordinario, aún más viejo de lo que era y erguido hasta donde su vencimiento físico se lo permitía, con sencillas palabras de temblor agradecía, en nombre de todos, a aquellos nobles soldados, que así preciaban la vida de sus intelectuales, repitiendo razones de fe, de confianza en el pueblo de España. (pp. 57-58)

Es ésta la síntesis del libro de Alberti, la idea que tiene el poeta de su patria en el exilio es la de un país y un grupo de hombres secuestrados, asesinados o exiliados en la sangría que supuso el desastre de la guerra. Por eso la verdadera España no es la que se quedó atrás, sino la que tuvo que exiliarse y abandonar un país en la ruína física y espiritual, en defensa de unos principios y unos ideales que fueron conculcados —nunca derrotados— con la salida de miles de españoles al finalizar la guerra.

Es éste un libro escrito y publicado en Argentina en los mismos años en que aparecen: *Retornos de lo vivo lejano*, *A la pintura* y *Signos del día*. Libros de poemas en verso en los que la nostalgia inunda literalmente su palabra poética. Se ha dicho a menudo que la nostalgia albertiana no comienza con el exilio de 1939, sino anteriormente, en 1917, con motivo del traslado de la familia a Ma-

drid, ya había padecido un primer exilio que unos años más tarde le haría escribir *Marinero en tierra*, los versos de un expulsado del paraíso primero, el de su infancia andaluza y marinera en la bahía gaditana —la «bahía del mito y de la gracia»—, que tanto le recuerda el mar del Plata cuando llega allí en 1940.

Hay pues una conjunción de dos experiencias —la suya personal como exiliado del paraíso y la histórica de su propio país— que coinciden en un lugar (Argentina) y en un tiempo concreto (los primeros años cuarenta). *Imagen primera...* supone un intento personal de recordar, que le lleva a un ejercicio de la memoria, como un intento de recuperar las figuras o los lugares de su pasado próximo que, a su vez, son o fueron los personajes más señeros de la historia reciente de España. Así, desfilan por las páginas de este libro de forma desordenada: Federico García Lorca, la Residencia de Estudiantes, la celebración del centenario de Góngora en Sevilla, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Fernando Villalón («conde, poeta y ganadero»), Miguel de Unamuno, Valle-Inclán, Salvador Rueda, Miguel Hernández, Pablo Picasso, André Gide, Máximo Gorki, Manuel de Falla, Azorín, Ortega y Gasset, Herrera y Reissig. Y luego un conjunto de siete capítulos, de diversa clasificación literaria, pero siempre con un denominador común: la poesía y los poetas. Así asoman poetas de otro tiempo como Pedro Espinosa («lengua andaluza de agua dulce»), Pedro Soto de Rojas, Garcilaso, Boscán, el rey-poeta Almotamid de Sevilla... De todo este conjunto los únicos que no salen bien parados son Azorín («...todo él impasible, helado, idiotizado...») y Ortega y Gasset («¡Lástima de divina sustancia, hoy para dioses tan rastreros! ¡Lástima de hombre!»), por el papel pasivo y neutral que mantuvieron ambos durante y después de la contienda.

Así pues, es éste un conjunto de retratos morales (etopeyas) porque se trata de retratar y rescatar una idea de España, «la España del cincel y de la maza», perdida e irre recuperable. En esta dirección se mueve el recuerdo del poeta hacia episodios concretos de la historia de España, que él guardaba todavía frescos en su memoria por haberlos vividos como protagonista, tal el origen de su compromiso político a favor del comunismo, en el capítulo dedicado precisamente a Antonio Machado:

Yo volvía por entonces —1933— de Francia y Alemania, habiendo visitado también la Unión Soviética, viaje de cerca de dos años que me había hecho comprender viviéndola y sufriendo

dola, la trágica realidad de Europa, y aún más a lo vivo la de España. Regresaba otro: nuevo concepto de todo, y como era natural, del poeta y la poesía. Con mi mujer fundé la revista Octubre, la primera española que dio el alerta en el campo de la cultura y que agrupó a una serie de jóvenes escritores, cuyo sentido del pueblo cada vez se fue haciendo menos vago, menos folklórico, es decir más directo, real y profundo. (p. 54)

La revista *Octubre*, en la que colaboró don Antonio con un trabajo titulado: «Sobre una lírica comunista que pudiera venir de Rusia», en donde el poeta de *Campos de Castilla* hablaba no de una poesía de sentimiento individual —dice Alberti— «sino del colectivo» (p. 54).

Este mismo compromiso político y partidario de otra España (la derrotada) alienta también en los capítulos dedicados a la muerte de Lorca («cavando allí su corazón hondas raíces y verdeciendo para el mundo en ese iluminado árbol de hojas imperecederas») y de Miguel Hernández («Pero no saben esos tristes que hay vientos rastrojeros, lluvias benéficas, abonos vivificadores para ciertas raíces, baldías al parecer, para determinadas tierras que ya se creen exhaustas»), párrafos semánticamente similares.

Y siempre, aunque haya recuerdos amables hacia poetas de su generación (Villalón, Lorca...) o de la anterior (Valle-Inclán, Unamuno...), queda la imagen de una España peregrina en busca de su identidad perdida por las tierras de la América española, como en esta «imagen primera» dedicada al poeta de *Arias tristes*, teñida de la nostalgia que envuelve todo el libro:

*Ahora aquí, en Buenos Aires, desde este balconcillo sobre el Río de la Plata, entre mis cardenales rojos y mis pobres macetas de geranios ennegrecidos, se me marcha el recuerdo aguas arriba, a través de la viva imagen del Juan Ramón madrileño, alerta en su azotea de madreselvas y campanillas, a la del Juan Ramón actual sobreviviente por América del **tremendo hundimiento**² español —hermano vivo de aquel pedazo de humana tierra ejemplar sacrificada, Antonio Machado, maestro como él—, voz hermosa y errante de nuestra patria.*

En definitiva, *Imagen primera...* es un intento de recuperar y guardar para sí y para otros la imagen de la patria en el exilio, la que Alberti tiene y añora. Es un intento por preservar una España que no fue pero pudo haber sido.

² El subrayado es mío.